13 AÑOS bioeticar Asociación Civil

>> Editorial

La bioética ante la crisis de la verdad

En abril de este año, el historiador Julián Casanova dictó su última clase en la Universidad de Zaragoza. Para esa ocasión eligió una advertencia que excede el campo de la historia: los valores construidos después de la Segunda Guerra Mundial no pueden darse por definitivamente conquistados.

Su preocupación no se limita al regreso de discursos autoritarios. También señala una concentración creciente del poder tecnológico y su capacidad para transformar la circulación de la información. El problema, entonces, no es solamente que circule información falsa. Es qué sucede cuando una sociedad pierde algunos criterios compartidos para distinguir los hechos de las opiniones, la evidencia de la manipulación y el conocimiento de la mera afirmación. Esta cuestión toca de lleno a la bioética.

Decidir sobre la propia salud requiere información, pero también la posibilidad de comprenderla, contrastarla y reconocer sus límites. Hoy las personas llegan a la consulta después de haber recorrido redes sociales, buscadores, plataformas y sistemas de inteligencia artificial. Encuentran allí recomendaciones, testimonios y explicaciones junto con información científica, muchas veces sin que resulte sencillo distinguir unas de otras.

La abundancia de información no garantiza conocimiento. Y la tecnología tampoco elimina la incertidumbre. Esto plantea un desafío para el consentimiento informado y para la autonomía. Decidir autónomamente no supone solamente recibir información, sino contar con condiciones para comprender aquello sobre lo que se decide y valorar sus alternativas. En ese proceso intervienen cada vez más actores: profesionales, instituciones, empresas, medios y plataformas digitales.

Por eso, la pregunta bioética ya no puede centrarse únicamente en qué podemos hacer con la tecnología, sino también en cómo se construye el conocimiento que orienta nuestras decisiones, quién lo produce y qué intereses intervienen en su circulación.

Esto no implica rechazar la innovación. Implica asumir una responsabilidad mayor frente a sus posibilidades y sus límites. Una tecnología puede ampliar nuestra capacidad de intervenir sin ampliar, necesariamente, nuestra capacidad de comprender.

Quizás allí se encuentre uno de los desafíos centrales de la bioética contemporánea: sostener espacios de deliberación en los que todavía sea posible preguntar, dudar, contrastar argumentos y reconocer la incertidumbre sin que otros ocupen ese lugar con certezas construidas desde el poder económico, político o tecnológico.

Entre poder hacer, poder conocer y poder decidir responsablemente se abre hoy un territorio que la bioética no puede dejar de interrogar.

Noviembre de 2026